

ALBERTO JIMÉNEZ FRAUD

VISITA A MAQUIAVELO

(TRIESTE

Madrid, 1983)

CAPÍTULO I	
<i>La plaza del pueblo</i>	[9]
II	
<i>El Olimpo florentino</i>	[23]
III	
<i>El panteón franciscano</i>	[35]
IV	
<i>Camino de Sant'Andrea</i>	[47]
V	
<i>L'Albergaccio</i>	[65]
VI	
<i>El desterrado</i>	[77]
VII	
<i>La carta</i>	[87]
VIII	
<i>La dedicatoria</i>	[97]
IX	
<i>La exportación</i>	[107]
X	
<i>César o la razón del Estado</i>	[115]
XI	
<i>Paréntesis español: las últimas aventuras de César</i>	[127]
XII	
<i>El opúsculo</i>	[137]
XIII	
<i>La piedra de escándalo</i>	[153]
XIV	
<i>Diálogo entre A, B y C</i>	[163]
XV	
<i>El error de Maquiavelo</i>	[175]
XVI	

<i>Despedida de Sant'Andrea</i>	[207]
<i>XVII</i>	
<i>La Sacristía Nueva</i>	[227]
<i>XVIII</i>	
<i>La cena</i>	[239]
<i>XIX</i>	
<i>La historia se desquita</i>	[251]
<i>XX</i>	
<i>Despedida</i>	[265]
<i>XXI</i>	
<i>Epílogo en Oxford</i>	[279]

LA PLAZA DEL PUEBLO

SENTADOS en un escaño de piedra de la airosa Logia donde los magistrados de la Señoría celebraban ceremonias públicas, descansamos de nuestros paseos por Florencia. A estas horas —está próxima la caída de la tarde— numerosa gente circula por esta galería y por la gran plaza donde los ciudadanos asistían a los actos solemnes que marcaban períodos importantes de la vida florentina.

La belleza y el ambiente del lugar imponen a los transeúntes una gracia de movimientos que adquieren cierto aire indolente en esta calurosa tarde del mes de julio. Abundan los turistas; unos, se esfuerzan en obtener una ambiciosa vista fotográfica de la plaza toda, con la mole al fondo del palacio de la Señoría; otros, tendidos en las gradas de la Logia, contemplan con entusiasmo las esculturas vecinas; y varios, recostados contra los muros del palacio, apoyados en una estatua, o agrupados bajo el gigantesco *David* de Miguel Ángel, hacen el recuento de las cosas vistas y proyectan la excursión del siguiente día. Uno de ellos atrae mi atención: es una niña de unos ocho años, de miembros largos y delicados y aristocrático porte, que hace poco posaba para el fotógrafo, con no gran entusiasmo, ante la puerta del palacio, y que ahora corrió a refugiarse entre el alegre grupo de los Tritones y Nereidas de la fuente de Ammanati. El contraste entre estos seres juveniles y primitivos que extienden y estiran sus cuerpos de bronce, gozosos de moverse al sol y sin más cuida-

dos que el de manifestar la alegría animal de vivir, y la figura de la niña, fina y alargada también como las nin-fas, pero con una expresión pensativa de que éstas carecen, es delicioso. Cambia rápidamente la expresión de la niña. Ha llegado una hermana menor, una especie de pajecillo arrancado de un cuadro de Boticelli, y las dos hermanitas ríen y ríen, felices de estar juntas. Ne-reidas y Tritones, y hasta el mismo Neptuno allá arriba (que parecía indiferente a todo, mientras se dejaba arrastrar por su carro inmóvil), unen sus risotadas primitivas a las espirituales risas de las niñas.

Todo acusa como una entrega a la libre atmósfera que gana nuestra voluntad y que a este ágora envuelve. No en balde estamos rodeados de símbolos que exaltan el sentimiento de libertad: el David que redimió a los israelitas de los filisteos; la Judit que salvó a Betulia decapitando al general caldeo; y, sobre la puerta del palacio, la patética inscripción a Cristo Rey, recordando la desesperada resolución de un pueblo que, expulsando a los Médicis y proclamando la república al recibir la noticia del saco de Roma por tropas de Carlos V, se preparaba a recibir a éstas en el sitio de 1529-30, glorioso hecho de la historia florentina, pero que señala también el final de las libertades y de la original civilización de la república mercantil de Florencia.

Tampoco faltan aquí recuerdos de la brillante decadencia que siguió a la desaparición de las libertades florentinas. Allá, pasado el palacio y el Neptuno, al otro lado de la plaza, se alza la estatua ecuestre del marido de Leonor de Toledo, Cosme I, Médici tam-

bién, pero no ya un noble ciudadano florentino, sino el jefe indiscutible de un gran Estado, a quien el papa y Carlos V otorgaron el título de Gran Duque de Toscana. Cuando la república de Florencia capituló en 1530, Carlos V y el papa Clemente VII (Giulio dei Medici) nombraron gobernador hereditario de Florencia a Alessandro dei Medici, casado con Margarita de Austria, hija ilegítima del emperador. En 1537 el duque Alessandro fue asesinado por su pariente Lorenzino, y Florencia cayó en manos del joven Cosme I, quien, uniendo la astucia de los Medicis a la brutalidad de los Sforzas, fue el más hábil y cruel gobernante que tuvo Florencia, encarnación, le han llamado algunos historiadores, del *Príncipe* de Maquiavelo. Hasta se le achacan las muertes del gran historiador Guicciardini (ex embajador de Florencia con los Reyes Católicos), del mismo hijo de Cosme, don García y de su madre Leonor de Toledo; pero aunque esos asesinatos no pudieran probarse, bastarían la cruel conquista de Siena, reducida de cuarenta mil a ocho mil habitantes, la multitud de víctimas que envió al cadalso, y otros muchos crímenes, para ganarle el título de tirano. Aquí, en la estatua ecuestre de Juan de Bolonia, parece como si el tirano guardase palacio y plaza, dispuesto a apagar con violencia cualquier rescoldo que pudiera quedar de las viejas libertades.

Bajamos las gradas de la linda tribuna y al llegar al centro de la plaza nos detenemos ante un disco de mármol que, en el pavimento, indica el sitio en que el monje dominico Girolamo Savonarola fue ahorcado y quemado el 23 de mayo de 1498, cuando aún no había